

AQUELLA SOLITARIA MARIPOSA CUBANA: REINALDO ARENAS, UNA VIDA ALREDEDOR DE LA HOMOSEXUALIDAD

Candelaria BARBEIRA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

ARGENTINA

“En un mundo de gusanosecapitalistas hay que tener
coraje para ser mariposa”
LohanaBerkins (cita intervenida)

7 de Diciembre de 1990: un escritor cubano exiliado (por escritor, por homosexual, por anticastrista, o por las tres cosas), enfermo terminal de sida, se suicida en Manhattan. Tres meses antes, ese escritor, Reinaldo Arenas, ponía punto final a su autobiografía, *Antes que anochezca*. Este texto es el objeto que se abordará en el presente trabajo, intentando analizar a través de la perspectiva del género cómo se presenta la cuestión de la homosexualidad, qué relevancia adquiere en relación a la construcción de la figura de autor y a través de qué procedimientos.

Vida / obra, obra (vida)

Las autobiografías construyen un efecto de lectura que encuentra su piedra de toque en la sospecha. Instalan ese espacio de incertidumbre al oscilar entre “lo real” –la historia de la vida de una persona, sujeta a tiempos y espacios históricos y por lo tanto su pretensión de objetividad– y la ficción. La voz de un sujeto que se predica a sí mismo es, por definición o tautología, subjetiva y permeable a los influjos de la imaginación. Como señala Weintraub respecto de la autobiografía, “la realidad externa forma parte de la experiencia pero ésta se ve modificada por la propia vida interior” (WEINTRAUB, 1991: 19). Podríamos tomar como punto de partida, entonces, la idea de autobiografía como la construcción de la imagen de sí mismo que lleva a cabo el autor para ser proyectada –a un público– a través del discurso literario. A su vez, la figura de Reinaldo Arenas que se reconstruye a partir de su escritura adopta como eje vertebral la homosexualidad y la hipérbole como procedimiento sobresaliente.

Erotismo: homosexualidad: disidencia

Podría decirse que el “erotismo” constituye el leitmotiv de la vida de Arenas o, por lo menos, del retrato literario que el mismo autor se encarga de descubrirnos. Dicho componente vehiculiza un factor de mayor relevancia: la homosexualidad como espacio de intransigencia frente al régimen político respecto del cual el protagonista se declara disidente. La trinchera, digamos, para resistir la

coerción que ejerce sobre los derechos sexuales un sistema político que impone determinado modelo de masculinidad, llevando a cabo una caza de brujas homofóbica –cacería de “pájaros”, según el *slang gay* que Arenas utiliza y se encarga de describir.

El descubrimiento de su sexualidad tiene lugar, creyéndole al autobiógrafo, a los seis años: “ver aquellos cuerpos, aquellos sexos, fue para mí una revelación: indiscutiblemente, me gustaban los hombres” (25). Declaración de principios, inauguración de una épica sexual. En el capítulo titulado “La escuela” no sólo relata la rutina de los días escolares sino que además da cuenta de las instancias en su aprendizaje sexual, cuya precocidad no deja de ser notable (o sospechosa). Autodidacta que no duda en generar experiencia a través de aquello que lo rodea en el ámbito rural, el narrador-protagonista cuenta de los experimentos sexuales de su infancia, que incluyen en su espectro la bisexualidad, la homosexualidad, el bestialismo y el incesto. Reinaldo se presenta como un sujeto cuya ansiedad erótica sobrepasa al género humano:

Creo que siempre tuve una gran voracidad sexual, [...] aquella etapa entre los siete y los diez años fue para mí de un gran erotismo, de una gran voracidad sexual que, como ya dije, casi lo abarcaba todo. Abarcaba la naturaleza en general, pues también abarcaba a los árboles. (39)

El pansexualismo del cual hace gala se sostiene en una postura ideológica, en la cual el ímpetu erótico se amalgama al entorno rural y la libre vivencia de la sexualidad surge como “lo natural” en oposición a las restricciones y opresiones culturales:

En los medios campesinos hay una fuerza erótica que, generalmente, supera todos los prejuicios, represiones y castigos. Esa fuerza, la fuerza de la naturaleza, se impone, [...] los deseos del cuerpo están por encima de todos los sentimientos machistas que nuestros padres se encargaron de inculcarnos. (40)

La realización del deseo sexual funcionaría entonces como un poder de liberación opuesto a determinada moralidad opresiva que no se activa sólo desde el Estado, sino, como en este caso, desde la sociedad y la institución familiar. Los instintos del cuerpo, que son los de la naturaleza, como mecanismo de defensa y ataque hacia la cultura, alfarería de masculinidades. Sin embargo, como hace notar Emilio Bejel al respecto, “[E]sta visión sobre ‘lo natural’ no acepta que la llamada ‘naturaleza’ sea ya una interpretación (siempre muy cargada ideológicamente) de un cierto medioambiente; que se trata de un fenómeno pasado por el tamiz de la conciencia humana culturizada” (BEJEL, 1996: 32-33).

Arenas presenta como rasgos constitutivos e ineludibles de su personalidad su vocación de escritor y su orientación sexual, y establece la fundación de ambas en la infancia: talla los primeros poemas en los mismos árboles que son objeto de goce sexual. Ambos espacios se convierten en motivo de persecución política y se resignifican como baluartes de resistencia: hacer de esa conducta penalizada un *ars vivendi*. La hiperbolización de la homosexualidad trasciende lo individual para convertirse en epítome de su propia época, como puede apreciarse en el siguiente pasaje:

Algunos profesores, por no decir *la mayoría*, tenían sus relaciones sexuales con los alumnos; había uno, llamado Juan, que había tenido relaciones con un centenar de estudiantes. A veces, frente a su cuarto, los jóvenes *hacían cola para templárselo*; todo eso *yo lo vi*. (74)

Por un lado, las multitudes que busca plasmar la anécdota ponen en riesgo un verosímil que podemos definir como realista, pensado desde la pretensión de un “efecto de verdad” en las autobiografías, más aún en la de Arenas, cuyo marcado tono de denuncia exige su propia credibilidad. Por otro, y como

contraparte de la hipérbole que pone en riesgo a la verosimilitud, el hincapié del narrador en su carácter de testigo, la preeminencia del yo funciona como un tipo particular de legitimación: alega implícitamente autoridad otorgando a su discurso un carácter testimonial. Su testimonio brota de la exacerbación de las prácticas homosexuales; y debemos recalcar en el espacio de poder donde se dispone la escena: una escuela politécnica del Estado, donde habría de formarse “la vanguardia de la Revolución”. Continuando estas razones, podríamos ver en esa generalización la denuncia de quien fue testigo del quebrantamiento de una ley (el imperativo que erige como correctos un estereotipo masculino y un comportamiento sexual determinados) de la cual él debió luego afrontar la acusación y aceptar la condena.

Siguiendo en la tónica de la hipérbole, Arenas declara con convicción que para principios de la década del 70 calculaba haber hecho el amor con, por lo menos, unos cinco mil hombres, y agrega: “no éramos solo Hiram y yo los que estábamos tocados por aquella especie de furor erótico, era todo el mundo” (115). Parte del singular de su *curriculum* erótico para expandir la exaltación del deseo convirtiéndola en un universal. Al incluir la exacerbación de su erotismo dentro de un colectivo, su hiperbolización encuentra amparo en un “nosotros” que puede llegar a configurar su carácter de héroe como síntoma de una generación que lleva a cabo una “lucha genital” contra el régimen. Pero la generalidad no disuelve el carácter de minoría, como sostiene Link, “[N]o importa cuántas personas sean homosexuales, la homosexualidad constituye una minoría por la distancia que separa a los homosexuales respecto de los axiomas que definen los comportamientos sexuales” (LINK, 2005: 189). A su vez, cabe pensar en una lógica donde el poder normativo y la subversión del mismo se inciden recíprocamente: “Creo que si una cosa desarrolló la represión sexual en Cuba fue, precisamente, la liberación sexual. Quizá como una protesta contra el régimen, las prácticas homosexuales empezaron a proliferar cada vez con más desenfado” (132). La liberación surge en contra de la represión política, y por ese mismo motivo, podría pensarse a raíz de ella. Asoma entonces un punto neurálgico de la autobiografía de Reinaldo Arenas: la homosexualidad como espacio de subversión, la irreverencia de un homosexual confeso y obseso ante el régimen del Estado.

Homosexualidad/es

No obstante, no podemos hablar de la homosexualidad como coprotagonista en *Antes que anochezca* sin hacer foco sobre la perspectiva que Arenas adopta al respecto. En primer lugar, vale destacar la distinción efectuada entre “locas” y “bugarrones”. Estos últimos serían, en palabras del cubano, “homosexuales activos” para quienes “templarse a otro joven no era signo de homosexualidad, el maricón era el templado” (74). Sin embargo, la definición se desdibuja y contradice al evidenciarse una bipolarización en su percepción de la homosexualidad: si bien por momentos reconoce a los bugarrones como homosexuales, en otros asocia su figura al “hombre” y él mismo se parapeta del lado de las “locas” que buscan en aquéllos la masculinidad como su “opuesto”:

La belleza de las relaciones de entonces era que encontrábamos a nuestros contrarios; encontrábamos a aquel *hombre*, a aquel *recluta poderoso* que quería, desesperadamente, templarnos. [...] No sé cómo llamar a aquellos jóvenes cubanos de entonces, no sé si bugarrones o *bisexuales*. [...] lo interesante del homosexual en Cuba consistía en que no había que ser un homosexual para tener relaciones con un hombre; *un hombre podía tener relaciones con otro como un acto normal*, [...] *lo normal no era que una loca se acostara con otra loca, sino que la loca buscara a un hombre que la poseyera* y que sintiera, al hacerlo, tanto placer como ella al ser *poseída*. (133)

Dicha polaridad en la clasificación de los homosexuales se percibe en el texto como norma social, y podemos creer en Eribon cuando nos dice que las figuras de la homosexualidad son siempre específicas de situaciones culturales determinadas (ERIBON, 2001: 17). Un claro ejemplo es la siguiente referencia del discurso “oficial” que nos transmite Arenas:

Terminaron diciendo que era una vergüenza que un miembro de la policía hiciese esas cosas, porque yo, después de todo tenía mi debilidad, pero que en él, que era un *macho*, eso de enredarse con un maricón era realmente imperdonable. (122)

Este fragmento resulta significativo en varios aspectos cruciales: la dicotomización heteronormativa regida sobre la homosexualidad (la asignación de caracteres femenino/masculino según el rol pasivo/activo en la relación sexual), las estructuras cognitivas que inflige una sociedad antropocéntrica y la internalización de estas normas machistas por parte de los sujetos. Vale asimismo recalcar que aparecen en el propio Arenas prejuicios de “normalidad” con relación a la antinaturalidad de las relaciones “entre locas”. Pero no sólo se aplica una distribución heterosexual de roles a la relación sexual o erótica entre dos hombres, sino que además se transluce la reproducción de categorías de dominación masculina. El acto sexual es percibido como una relación de dominación: quien ejerce la posesión sobre el cuerpo del otro es el “hombre” (en la acepción machista del término) y la loca es la poseída, quien desplaza su papel de sujeto a objeto. Esta concepción de la relación sexual como manifestación de poder se presenta también en vínculos heterosexuales, pero, como afirma Bourdieu:

En un caso en el que, como en las relaciones homosexuales, la reciprocidad es posible, los vínculos entre la sexualidad y el poder se desvelan de manera especialmente clara y tanto las posiciones como los papeles asumidos en las relaciones sexuales, activos o sobre todo pasivos, aparecen como indisolubles de las relaciones entre las condiciones sociales que determinan tanto su posibilidad como su significación. (BOURDIEU, 2000: 35)

Si analizamos, en el caso del escritor cubano, el régimen castrista como condición social determinante, podríamos reparar en una suerte de “militarización” del rol de macho/activo. Tanto en uno como en otro fragmento, emerge una misma figura: el miembro de la policía, el joven recluta. Es interesante, entonces, considerar una observación de Franco La Cecla acerca del machismo militar, al que le carga una tipología de hombre de uniforme, donde se le atribuyen características de “exceso de masculinidad” tales como fortaleza física, carácter violento y prepotencia (LA CECLA, 2005: 19).

En este sentido, si bien es posible observar una exacerbación de determinados valores de masculinidad en el ámbito militar, no le son exclusivos, fuera de éste encontramos también la imposición de una determinada definición de “lo viril”. Pensamos, así, junto con Michael Kimmel, en la virilidad hegemónica definida a partir del modelo de hombre *en el poder, con poder y de poder*; un modelo de masculinidad que no sólo repercute a partir del ejercicio del poder masculino sobre las mujeres, del mismo modo se extiende al ejercerse entre hombres (KIMMEL, 1997: 51).

Rastreemos a la mujer en Reinaldo Arenas, las mujeres que, a modo de fachadas sociales, reconoció públicamente como parejas. El primer caso lo constituyen las novias de la adolescencia: Reinaldo no se limita a esconder su atracción por otros varones, no representa la farsa del macho, sino la del “muy macho”, no tiene una novia sino dos que se turnan para verlo (70); como luego hiperbolizaría su homosexualidad así hiperboliza su coartada heterosexual. Segundo caso: “la boda”. Esta vez la coartada es mutua: Arenas se casa con Ingrávida González, quien comparte su misma debilidad por

los hombres. En este capítulo el autor pone en evidencia que el machismo persigue tanto a unos como a otras:

De manera que la mujer, como el homosexual, son considerados en el sistema castrista como seres inferiores. Los machos podían tener varias mujeres y esto se veía como un acto de virilidad. De ahí que mujeres y homosexuales se unieran, aunque sólo fuera como una manera de protegerse. (178)

Por último, y regresando a la figura ya no del “bugarrón” sino de la loca, encontramos una auténtica tipificación areniana: “las cuatro categorías de las locas” (103). De este modo, la “loca de argolla” representaría al “tipo de homosexual que, incesantemente, era arrestado”. La “loca común” al que sostiene cierto compromiso en Cuba y nunca corre grandes riesgos; la “loca tapada” “siendo loca, casi nadie lo sabía”, e incluso generalmente eran hombres casados que buscaban aventuras eróticas de manera clandestina; y, por último, la “loca regia”, que podía ventilar su homosexualidad en público, puesto que por estar vinculada estrechamente a la Seguridad del Estado gozaba de impunidad total. Esta clasificación se construye no sólo en base a los diferentes comportamientos sexuales sino a la relación de los sujetos con el poder estatal. Paralelamente a la enumeración de los tipos de locas, se intuye el *crescendo* de una denuncia tácita hacia la hipocresía de un sistema en el que la libertad sexual se convierte en un privilegio político.

A pesar de la perspectiva de la sexualización y la homosexualidad como mecanismo de liberación ante el régimen castrista que Arenas no se cansa de acusar y ante la tradición machista y homofóbica, las tipificaciones que efectúa respecto de la homosexualidad –explícita e implícitamente– por momentos parecen responder a una internalización de esos patrones heteronormativos. La división entre “bugarrones” y “locas” responde a una definición antropocéntrica de la masculinidad que trasciende la esfera del machismo militar y deposita su peso sobre mujeres y homosexuales. Y aunque si bien en determinados contextos culturales y políticos dicha dominación se hace más evidente, podríamos pensar que, en otros, los mecanismos de apropiación de las estructuras cognitivas del dominante, recordando a Bourdieu, se invisibilizan más aún ante la ausencia aparente de conflicto.

En todo caso, podemos hacernos eco de las palabras de Guillermo Cabrera Infante cuando afirma que tres pasiones rigieron la vida y la muerte de Reinaldo Arenas: la literatura no como juego, sino como fuego que consume; el sexo pasivo y la política activa. Y desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte, vivir la vida como un único y continuo acto sexual (CABRERA INFANTE, 2000).

Bibliografía

- ARENAS, Reinaldo (2004), *Antes que anochezca*, Barcelona, Tusquets.
- BEJEL, Emilio (1996) “*Antes que anochezca*: autobiografía de un disidente cubano homosexual” en *Hispanérica* Año XXV, n° 74, Maryland, University of Maryland.
- BOURDIEU, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- ERIBON, Didier (2001), *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Barcelona, Anagrama.
- KIMMEL, Michael (1997), “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina” en T. Valdés y J. Olavaria (eds.); *Masculinidades. Poder y crisis; Isis Internacional*, N° 24, Santiago de Chile, Isis Intenacional y FLACSO, Ediciones de las mujeres.
- LA CECLA, Franco (2005), *Machos. Sin ánimo de ofender*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- LINK, Daniel (2005), *Clases. Literatura y disidencia*, Buenos Aires, Norma.
- WEINTRAUB, Karl (1991) “Autobiografía y conciencia histórica” en *Anthropos* N° 29, Barcelona, Anthropos.

Pour citer cet article: Barbeira, Candelaria (2013), “Aquella solitaria mariposa cubana: Reinaldo Arenas, una vida alrededor de la homosexualidad”, *Lectures du genre* n° 10, p. 11-16.